

LA FACULTAD DE
FILOSOFÍA Y LETRAS DE MADRID
EN LA SEGUNDA REPÚBLICA

ea! ediciones de arquitectura



COLABORA



ORGANIZAN



LA FACULTAD DE
FILOSOFÍA Y LETRAS DE MADRID
EN LA **SEGUNDA REPÚBLICA**
Arquitectura y Universidad durante los años 30



LA FACULTAD DE

FILOSOFÍA Y LETRAS DE MADRID

EN LA SEGUNDA REPÚBLICA

Arquitectura y Universidad durante los años 30



La Facultad de Filosofía y Letras en la Ciudad Universitaria de Madrid, poco antes de la Guerra Civil.
Servicio Histórico Fundación Arquitectura COAM.

Cubierta. María del Carmen García Lasgoity (izquierda) y Ana María Giménez Ramos en un aula de
la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid. 1934. Fotografía de Vidal. Agencia EFE.

LA FACULTAD DE
FILOSOFÍA Y LETRAS DE MADRID
EN LA SEGUNDA REPÚBLICA

Arquitectura y Universidad durante los años 30

CONDE DUQUE

Salas Juan de Villanueva y Pedro de Ribera

Del 18 de diciembre de 2008 al 15 de febrero de 2009

MINISTERIO DE CULTURA

Ministro
César Antonio Molina

Subsecretaria
María Dolores Carrión

**SOCIEDAD ESTATAL DE CONMEMORACIONES
CULTURALES**

Presidenta
Soledad López

Director de Proyectos
Xosé Luis García Canido

Gerente
Ignacio Ollero Borrero

Consejo de Administración

Presidenta
Soledad López

Vocales

Concepción Becerra Bermejo

Rogelio Blanco Martínez

Raquel de Diego Ruiz

Eduardo Díez Patier

Fernando Escribano Mora

José Aurelio García Martín

José Ramón González García

Sixto Heredia Herrera

Javier Lanza García

José Luis Martín Rodríguez

Rosa Peñalver Pérez

Francisco Javier Sandomingo Núñez

Alberto Valdivieso Cañas

Natalia Vitores Mingo

Secretario

Manuel Esteban Pacheco Manchado

AYUNTAMIENTO DE MADRID

Alcalde
Alberto Ruiz-Gallardón

Delegada del Área de Las Artes
Alicia Moreno

Coordinador General de Infraestructuras Culturales
Juan José Echeverría

Directora General de Archivos, Museos y Bibliotecas
Belén Martínez

Jefa del Departamento de Museos y Exposiciones
Carmen Herrero

CATÁLOGO

Editan

Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales

Ayuntamiento de Madrid

Ediciones de Arquitectura. Fundación Arquitectura COAM

Colaborador especial

Consortio Urbanístico de la Ciudad Universitaria de Madrid

Colabora

Ministerio de Ciencia e Innovación

Acción complementaria HUM2007-30863-E

Proyecto

Universidad Complutense de Madrid

Universidad Politécnica de Madrid

Coordinación, diseño y edición

Santiago López-Ríos Moreno

Juan Antonio González Cárceles

Maquetación

Pedro Ibáñez

Luis Larraza

Coordinación de la producción

Fernando Villaverde Ediciones S.L.

Fotomecánica

Biblioteca de la Escuela Técnica Superior de Arquitectura de Madrid

Impresión

Julio Soto

© de la presente edición: Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales /
Ayuntamiento de Madrid / Ediciones de Arquitectura. Fundación Arquitectura
COAM

© de las piezas: sus propietarios

© de los textos: sus autores

© de las imágenes: sus propietarios

Fotografías de las obras

Pablo Linés

Archivos fotográficos de las instituciones que se especifican en cada caso

Los editores han hecho todo lo posible para identificar a los propietarios
de los derechos intelectuales de las reproducciones recogidas en este catálogo.

Se piden disculpas por cualquier posible error y omisión, que quedará
automáticamente subsanado en siguientes reediciones.

ISBN: 978-84-96411-60-9 (Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales)

ISBN: 978-84-96102-41-5 (Ayuntamiento de Madrid)

ISBN: 978-84-96656-53-6 (Ediciones de Arquitectura. Fundación Arquitectura COAM)

D.L.: M-52896-2008

EXPOSICIÓN

Organizan

Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales
Ayuntamiento de Madrid

Colaborador especial

Consorcio Urbanístico de la Ciudad Universitaria de Madrid

Colaboran

Colegio Oficial de Arquitectos de Madrid
Fundación Española para la Ciencia y la Tecnología

Proyecto

Universidad Complutense de Madrid
Universidad Politécnica de Madrid

Comisarios

Santiago López-Ríos Moreno
Juan Antonio González Cárceles

Comité Científico

Pedro Feduchi Canosa
Francisco García Jurado
Miguel Lasso de la Vega
Daniel Marías
Jaime Olmedo Ramos
Rafael V. Orden Jiménez
Javier Ortega Vidal
Luis Enrique Otero Carvajal
Isabel Pérez-Villanueva Tovar
Antonio Rubio Bajo
Juan Miguel Sánchez Vigil

Coordinación Conde Duque

Olga Díaz
Alicia Navarro
María Josefa Pastor Cerezo

Coordinación SECC

Juan Lozano

Coordinación en la localización de antiguos profesores, alumnos y sus descendientes y documentación en archivos particulares

Daniel Marías

Documentalistas

Paloma Castellanos Mira
Pilar Rivas Quizaños
María Olivera

Equipo técnico

Laura Arroyo Martínez
Clotilde Martín
Borja Menéndez Díaz-Jorge
Gustavo Pérez Díez
Isabel Sánchez Moreno
Natalia Serkovic

Diseño de montaje

PEIPE

Coordinación de montaje de Conde Duque

Fernando Arias

Montaje

IDEARTE

Seguros

STAI

Transportes

TTI

Audiovisuales

Universidad Nacional de Educación a Distancia, Centro de Medios
Audiovisuales

LAYA

Con el patrocinio de OHL



Con la colaboración de

Filmoteca Española
Instituto Valenciano de Cinematografía IVAC
Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales

Maqueta virtual

Miguel Ángel Alonso Rodríguez
Ángel Martínez Díaz
Jorge Merino López
Javier Ortega Vidal
Enrique de la Osa Fraile

Difusión

Paula Criado

Publicidad

Jesús Araque
Roberto Leiceaga
Alicia San Mateo

Prensa

Isabel Cisneros
Mónica Hernández
Jon Mateo
Javier Monzón
Rosa Valdelomar Martínez-Pardo



Francis Art. Studio

A mi discípulo y amigo José. Inocencio Zubiri
en testimonio de especial afecto
y con mis mejores esperanzas en su futuro labor
Juan Larraquieta

20-11-1900

JUAN ZARAGÜETA Y XAVIER ZUBIRI: LOS HETERODOXOS ESCOLÁSTICOS DE LA ESCUELA DE MADRID

RAFAEL V. ORDEN JIMÉNEZ
Facultad de Filosofía
Universidad Complutense de Madrid

El presbítero guipuzcoano Juan Zaragüeta y Bengoechea (1883-1974) se había licenciado y doctorado en Filosofía en la Universidad Católica de Lovaina bajo la influencia del cardenal Mercier, a quien se le debe uno de los intentos más sólidos de regeneración del pensamiento escolástico. A su regreso en 1908 ocupó la cátedra de Filosofía Superior en el Seminario Conciliar de Madrid y en 1914 se doctoraba en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad capitalina con un trabajo titulado *Teoría psico-genética de la voluntad* ante un tribunal del que formaban parte Bonilla y San Martín, Bartolomé Cossío, Ortega y Gasset y García Morente¹.

En 1917 ingresaba como profesor de Religión y Moral en la Escuela de Estudios Superiores de Magisterio, y al año siguiente se encargaba de las clases de Religión del recién creado Instituto-Escuela, dos centros éstos relacionados con la orientación pedagógica de la Institución Libre de Enseñanza y por lo que fue apodado en ocasiones como el «capellán de la Institución»². Desde 1922 ejercería también como profesor auxiliar de la Facultad de Filosofía y Letras, adjudicándose en 1927 las clases prácticas adscritas a la cátedra de Ortega, la de Metafísica³; en calidad de tal ofreció cursos sobre temas variados, entre otros, uno de Pedagogía Superior.

Retrato fotográfico de Juan Zaragüeta con dedicatoria de éste a Xavier Zubiri. 1920. Fundación Xavier Zubiri, Madrid.

¹ Mariano YELA GRANIZO, «Juan Zaragüeta. Apuntes sobre su vida y su obra», *Anales de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas*, 53 (1976), págs. 270-297.

² Así lo comenta el prestigioso arabista Miguel Cruz Hernández, en Ana ARANZA ELIO, «Conversación en Madrid con Miguel Cruz Hernández», *Anuario de Historia de la Iglesia*, 9 (2000), págs. 395-413.

³ AGUCM, p-742, 22: Expediente de «Zaragüeta y Bengoechea, Juan».



Necrología dedicada por Zaragüeta al cardenal Mercier en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas. 1927. Biblioteca de la Facultad de Filosofía de la UCM.

La transformación en 1932 de la Escuela de Magisterio en los estudios superiores de Pedagogía de la Facultad de Filosofía y Letras supuso su ingreso en ésta como catedrático de Metodología de Ciencias Sociales y Económicas, materia que impartió junto a otras como Introducción a la Pedagogía y Filosofía de la Pedagogía. No obstante, siguió colaborando en las enseñanzas del título de Filosofía, en el que ofreció seminarios sobre doctrinas ausentes en las disciplinas de los otros catedráticos, como el del año académico de 1932-1933, Calidad y Cantidad en Ontología y Axiología, el cual, quizás por su poco éxito, lo sustituyó al año siguiente por una Teoría del Conocimiento en el que programó fenomenología husserliana y filosofía tomista, aunque tampoco con esto debió de interesar a los alumnos, ya que el curso de 1934-1935 varió nuevamente su oferta y anunció un seminario sobre el vitalismo de Bergson, que, entonces sí, hubo de satisfacer a los estudiantes, pues lo mantuvo el año siguiente bajo el título de Introducción a una Filosofía Vitalista.

Zaragüeta cautivaba por su carisma filantrópico. A él lo recordaba el entonces estudiante de la Facultad, Julián Marías, como «un sacerdote vasco buenísimo, apacible, abierto y tolerante, escolástico muy razonable y comprensivo, que tocaba el piano —mal—, alto, muy gordo, increíble comedor, de un apetito formidable»⁴. Zaragüeta se integró y participaba de lleno en la intensa y estrecha vida académica de la Facultad, como demuestra su colaboración en la organización y el desarrollo del crucero universitario de 1933: ayudó a financiar el viaje de algunos estudiantes, se responsabilizó de un grupo de alumnos y a él le cupo introducir la visita a Palestina.

Según Cruz Hernández, Zaragüeta representó «el intento de recrear la filosofía cristiana en España, después de ese enfrentamiento entre la filosofía tradicional escolástica y el krausismo, que tuvo lugar en el siglo XIX»⁵. Él proyectaba, en efecto, una reconciliación filosófica nacional dentro del marco del pensamiento católico aprovechando la mencionada escolástica renovada de Mercier, a quien, con ocasión de su fallecimiento en 1926, le rendiría homenaje en la Academia de Ciencias Morales y Políticas y sobre el cual publicó en 1930 *El concepto católico de la vida según el Cardenal Mercier*. Esta permanente orientación escolástica del pensamiento de Zaragüeta impide adscribirlo filosóficamente a la Escuela de Madrid, aunque sí cabe hacerlo en lo personal por la estrecha relación que mantuvo con sus miembros más destacados, Ortega, Morente y Zubiri, a cuya amistad fue leal incluso en circunstancias adversas, como fueron las de la posguerra.

Zaragüeta fue, de hecho, uno de los que contribuyeron al ingreso en la Facultad del donostiarra José Xavier Zubiri Apalategui (1898-1983). Bajo la tutela de Zaragüeta había comenzado en 1915 a formarse para sacerdote en el Seminario Conciliar de Madrid, pero, debido a sus inquietudes científicas e insatisfacción con las enseñanzas filosóficas allí impartidas, empezó en 1919 a asistir a las cla-

⁴ Julián MARÍAS, *Una vida presente. Memorias 1 (1914-1951)*, Madrid, Alianza, 1988, pág. 118.

⁵ Ana ARANZA ELIO.

ses de la Facultad de Filosofía y Letras, donde forjó inmediatamente una estrecha relación discipular con Ortega. «A los pocos momentos de comenzar Ortega la lección», comenta un testigo del primer encuentro académico entre ambos, «preguntó algo agudísimo y con tal precisión y seguridad que nos sobrecogió. El maestro le respondió con simpatía. [...] La impresión de Zubiri fue imborrable. Pasó por la clase de Ortega como una chispa»⁶. Zubiri accedía de esta forma a las teorías que habían inspirado el pensamiento orteguiano, el neokantismo y la fenomenología, así como a la propia filosofía de Ortega, todo lo cual distaba notablemente de la escolástica en la que, de modo preferente, se había venido formando hasta ese momento.

En 1920 Zubiri seguía los pasos formativos de Zaragüeta y se iba a estudiar a la Universidad Católica de Lovaina, donde se licenció en Filosofía con un trabajo sobre la lógica de Husserl perfeccionado bajo la dirección de Ortega, y en una pequeña escapada a Roma superó en el Colegio Teológico el examen que le otorgaba el título de doctor en Teología. A su regreso en 1921 se licenció y doctoró en Filosofía en la Universidad de Madrid con un *Ensayo de una teoría fenomenológica del juicio* ante un tribunal compuesto por Ortega, que actuó de ponente, Bonilla, Morente, Cossío y Besteiro, todo ello poco antes de tomar los hábitos sacerdotales.

Francisco Ayala recuerda cómo el por entonces aún «joven filósofo, siempre fino, elegante, agudo, menudito, pulquérrimo cual abate dieciochesco, acudía a la tertulia de Ortega vistiendo el traje talar propio de su sagrado ministerio»⁷. Ortega apreció en Zubiri el rasgo que Zaragüeta destacaría del que siempre estimó como su discípulo, una «universal e insaciable curiosidad» que hacía de él un «auténtico intelectual»⁸, de ahí el interés por comprometerlo en su proyecto de regeneración de la Universidad; para Ortega, lo importante en este caso no era que compartiese sus puntos de vista, sino, como destacan los biógrafos de Zubiri, «su indiscutible capacidad filosófica y su magnífica formación, sin parangón con la de otros jóvenes filósofos del momento»⁹.

En 1923, los profesores de la sección de Filosofía propusieron a la Junta de la Facultad que la plaza de auxiliar temporal vacante tras la investidura de Gil Fagoaga como catedrático fuese ocupada por Zubiri, y así sucedió, pero a los dos meses renunciaba para continuar su formación en la Facultad de Ciencias¹⁰. Ahora bien, a los tres años quedaba desierta por la inesperada muerte de su titular, Bonilla, la cátedra de Historia de la Filosofía. A Ortega no se le escapaba la oportunidad que esto suponía para avanzar en su proyecto de reconversión de los estudios filosóficos de la Facultad, pues, a pesar de tratarse de una de las materias fundamentales en la formación de los alumnos, venía siendo desaprovechada desde hacía décadas al estar ocupada por catedráticos de escasa talla filosófica,

⁶ Manuel CARDENAL, «Zubiri en la Central», en *Homenaje a Xavier Zubiri*, Madrid, Revista de Alcalá, 1953, págs. 39-41.

⁷ FRANCISCO AYALA, *Recuerdos y olvidos. 2. El exilio*, Madrid, Alianza, 1983, pág. 217.

⁸ Juan ZARAGÜETA, «Zubiri, discípulo», en *Homenaje a...*, págs. 269-275.

⁹ Jordi COROMINAS y Joan Albert VICENS, *Xavier Zubiri. La soledad sonora*, Madrid, Taurus, 2006, pág. 161.

¹⁰ AGUCM, P-742, 39: Expediente de «Zubiri Apalategui, Xavier».



Zubiri en el embarcadero de la Universidad Internacional de Santander. 1932. Fundación Xavier Zubiri, Madrid.

desde 1885 por el escolástico José Campillo Rodríguez, y a partir de 1905 por el menéndez-pelayista Bonilla, quien representaba uno de los proyectos científicos detestados por Ortega, aquel que pretendía revitalizar España no tanto atendiendo al extranjero e importando de él las ideas y los hallazgos más recientes cuanto recuperando una supuesta sólida tradición científica pretérita a fuerza de escarbar en el pasado intelectual español.

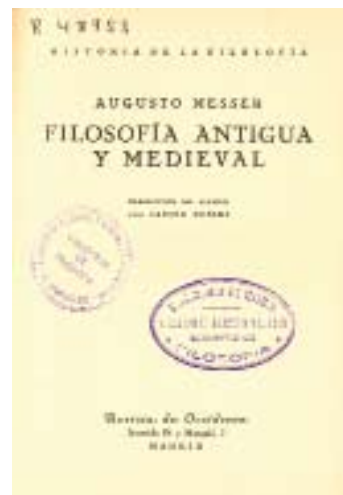
La plaza desierta fue pretendida por varios catedráticos, que solicitaron su traslación, como el de Ética de la propia Facultad, Morente, pero todos quedaron excluidos al no reunir los requisitos exigidos, de modo que salió a concurso reducido entre auxiliares¹¹. Aunque hubo varios inscritos, ninguno quiso competir con Zubiri, quien contaba con una formación filosófica más profunda y amplia, más actual y, además, con un tribunal que le era proclive, presidido por Zaragüeta y constituido también por Morente, Ortega, Asín Palacios y Jaume Serra, todos los cuales resolvieron concederle la cátedra en cuestión.

A diferencia de Bonilla, señala Diego Gracia, «Zubiri veía el pasado filosófico desde una perspectiva distinta, que no era la erudita ni la propia del historiador de oficio, sino la del filósofo»¹². Él concebía esta disciplina como un ejercicio de reflexión sobre las ideas de los grandes pensadores y no tanto como un trabajo de mera recopilación de hechos filosóficos pasados; y entendía también que ella sólo podía resultar una labor plenamente filosófica si estaba ligada a las cosmovisiones teóricas que habían configurado el devenir de Occidente y no tanto a la aportación científica de un pueblo concreto. En el prólogo a la *Historia de la Filosofía* que en 1941 publicaba uno de sus alumnos de esta materia, Marías, Zubiri defendía que

la historia de la filosofía no es extrínseca a la filosofía misma, como pudiera serlo la historia de la mecánica a la mecánica. La filosofía no es su historia; pero la historia de la filosofía es filosofía; porque la entrada de la inteligencia en sí misma en la situación concreta y radical en que se encuentra instalada, es el origen y la puesta en marcha de la filosofía¹³.

Zubiri se estrenaba como catedrático de esa materia en enero de 1927 con la novedad de incluir en sus enseñanzas un tema apenas abordado por sus colegas, el pensamiento aristotélico. Ese año, además, publicaría en la editorial de Ortega la traducción del primer volumen de la *Historia de la Filosofía* de Messer, el dedicado a la Filosofía Antigua y Medieval, al cual acudirían los alumnos de los años 30 para preparar los temas correspondientes del examen intermedio.

Pero Zubiri, consciente de lo precipitado que había sido su ingreso en la Universidad y de su aún insuficiente formación, logró que la Facultad accediese a financiarle una estancia en Alemania, siendo sustituido durante ese tiempo en su cátedra por Pedro Caravia Hevia y, tras la renuncia de éste en 1930, por quien



La Filosofía Antigua y Medieval de August Messer traducida por Zubiri. 1927. Biblioteca de la Facultad de Filosofía de la UCM.

¹¹ Real Orden del Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes del 6 de abril de 1926: *Gaceta de Madrid*, núm. 111 (22 de abril de 1926).

¹² Diego GRACIA, *Voluntad de verdad. Para leer a Zubiri*, Barcelona, Labor, 1986, pág. 6.

¹³ Xavier ZUBIRI, «Prólogo», en Julián Marías, *Historia de la Filosofía*, Madrid, Revista de Occidente, 1941, págs. 7-18.



Zubiri en la estación de esquí austriaca de Gurgl. 1930. Fundación Xavier Zubiri, Madrid.

había sido su primera discípula, María Zambrano¹⁴. Se fue a estudiar a la cuna del movimiento fenomenológico, la Universidad de Friburgo, en cuyo semestre de invierno de 1928 tuvo ocasión de asistir al último curso impartido por Husserl así como de escuchar la Introducción a la Filosofía que ofrecía quien iba a heredar la cátedra de éste, Heidegger. En 1930 se trasladó a Berlín para continuar su formación, y asistió a clase de quien había dado un giro a la interpretación de la obra aristotélica, Werner Jaeger, así como trabajó amistad con los físicos responsables de las teorías que estaban echando por tierra la concepción newtoniana del cosmos, como Albert Einstein y Erwin Schrödinger.

En otoño de 1931 regresaba Zubiri a un Madrid ya republicano para retomar sus obligaciones académicas. A Marías, a quien le habían dicho que era «un cura muy pincho», se le quedó grabada la imagen de Zubiri dando clase recién llegado del extranjero:

Era muy joven, no había cumplido treinta y tres años, y parecía más joven todavía, un estudiante; pero iba vestido de sotana nueva y limpiísima, muy repeinado; era muy bajo de estatura, menudo, nervioso; hablaba muy deprisa, en voz baja, paseando de un lado a otro¹⁵.

Esa sotana que vestía, sin embargo, apenas tardaría en sustituirla por el traje aprovechando el permiso concedido por el obispo de Madrid a los clérigos de su diócesis para vestir seglarmente con el fin de evitar las agresiones que estaban sufriendo en las calles.

Pero lo más destacado era que Zubiri volvía con una perspectiva filosófica distinta a aquella con la que partió. Como comentaría su colega y amigo de entonces, Gaos: «Zubiri venía entusiasmado, no sólo *de* Heidegger, sino *con* Heidegger, que no es precisamente lo mismo. Mi Zubiri de la fenomenología» de Husserl, continuaba, «me lo encontraba hecho un Zubiri del existencialismo» de Heidegger¹⁶. Esta influencia propició que Zubiri se emancipase de Ortega y emprendiese una aventura filosófica propia. En realidad, la solidez de sus respectivas personalidades así como sus distintas formación y actitud filosóficas presagiaban que esta relación discipular no se mantendría en el tiempo, y por ello cabe considerar a Zubiri como un heterodoxo en el seno filosófico de la Escuela de Madrid. Podemos enumerar algunas de estas diferencias entre uno y otro: la primera de ellas, las distintas prioridades filosóficas, pues mientras Ortega situaba en el hombre el punto de arranque de la reflexión, propio de un seguidor de Kant y Husserl, Zubiri, en cambio, comenzaba desde la realidad misma y, por tanto, le resultaban más próximos los planteamientos de Aristóteles y Heidegger; aquél, asimismo, tenía una visión del mundo griego intervenida por el neokantismo, mientras que la de Zubiri estaba mediada por su formación escolástica; a Ortega, por otro lado, le estimulaban filo-

¹⁴ Archivo de la Sección de Personal de la Facultad de Filosofía de la UCM, Expediente «Zambrano Alarcón, María».

¹⁵ Julián MARÍAS, pág. 100.

¹⁶ José GAOS, *La Filosofía de la Filosofía*, Barcelona, Crítica, 1989, pág. 23.

sóficamente las investigaciones de lo orgánico, como las históricas, las sociológicas y las biológicas, mientras que a Zubiri le interesaban en mayor medida las de índole corpuscular, como las físicas, las neuronales y las lingüísticas; a uno, además, le preocupaba sobremanera el hombre español, de ahí que su actividad académica estuviese ligada a la socio-política, implicado siempre en la praxis, mientras que al otro no le interesaban los acontecimientos políticos y volcó su vida en lo científico, esto es, estuvo dedicada a la teoría; y mientras Ortega, por señalar una última diferencia, era un filósofo plenamente laico a quien no le interesaba el tema teológico de Dios ni el dogmático del Cristianismo, Zubiri, en cambio, estaba marcado por una tormentosa vocación religiosa e implicado filosóficamente en ambas cuestiones. Todas estas diferencias quedarían reflejadas, de hecho, en los temas que cada uno programó en sus enseñanzas universitarias durante los años 30.

Heidegger le facilitó también a Zubiri un enfoque de la filosofía griega que lo emancipaba aún más de la escolástica, y le ayudó a desarrollar una hermenéutica peculiar, aquella que emplea el análisis filológico como trasfondo de la elucubración filosófica. Zubiri practicaba en sus clases esta hermenéutica de la manera como la describe un alumno que llegaría a ser catedrático de Latín, Antonio Tovar:

Repristinar, refrescar los conceptos originales de los griegos parece que es una de las partes más esenciales de la misión filosófica de Zubiri. No le basta con las traducciones tópicas y desgastadas de una erudición de veinticinco siglos, y coge la palabra, la analiza y rejuvenece, y saca de nuestro idioma una serie de conexiones etimológicas y de asociaciones semánticas que nos presentan el concepto como nuevo y preñado de posibilidades. [...] La máquina que han montado intérpretes y expositores e historiadores de la filosofía de segunda o tercera mano queda desmontada, y debajo del caparazón muerto se descubre la llama original de los grandes filósofos. A un desmontaje de éstos he asistido, asombrado, al escuchar delante del texto griego la lectura de una de estas reveladoras traducciones repristinantes de Zubiri: la de los primeros capítulos de la *Metafísica* de Aristóteles¹⁷.

La forma como Zubiri impartía clase la describe como sigue un alumno de aquella primera generación de graduados en Filosofía del nuevo plan docente, Manuel Mindán:

Hablaba siempre de pie, se hizo poner un atril en la mesa, donde colocaba algunas fichas que se sacaba del bolsillo y siguiéndolas iba hablando sin mirar siquiera a los alumnos. De vez en cuando salía a la pizarra a escribir una frase en latín o griego y volvía después a sus fichas. Cuando el bedel daba la hora, instantáneamente recogía las fichas y salía de la clase¹⁸.

Zubiri no tenía la habilidad didáctica de Morente ni la brillante oratoria de Ortega; una discípula común, María Zambrano, destacaba el contraste entre «la claridad orteguiana y la impenetrabilidad del pensamiento de Zubiri»¹⁹. Un comentario habitual entre los alumnos era que resultaba «muy difícil de seguir»,

¹⁷ Antonio TOVAR, «Zubiri y los griegos», en *Homenaje a...*, págs. 247-253.

¹⁸ Manuel MINDÁN MANERO, *Testigo de noventa años de historia. Conversaciones con un amigo en el último recodo del camino*, Zaragoza, 1995, pág. 280.

¹⁹ María ZAMBRANO, *Hacia un saber sobre el alma*, Madrid, Alianza, 1993, pág. 10.

De izquierda a derecha, Zubiri, Rubio Sacristán, Ortega y Pedro Salinas en la Universidad Internacional de Santander. 1933. Fundación Xavier Zubiri, Madrid.



y había quienes desistían de comprenderle²⁰; Mindán confirma estas dificultades para «seguir las explicaciones y tomar apuntes, porque Zubiri, además de ser oscuro, hablaba muy deprisa y con suma monotonía». Es bien conocida la anécdota que cuenta Marías en este sentido cuando en 1931 se incorporó a las clases de Introducción a la Filosofía y preguntó a una compañera: «¿Qué tal?», y ésta le contestó con animosa seguridad: «Estupendo: no se entiende una palabra»²¹.

Todos coinciden en que Zubiri enseñaba «sin concesión pedagógica alguna»²²; su talento «era evidente; su pasión intelectual, también; [y] su desdén por la pedagogía, manifiesto», de modo que a los alumnos sólo les restaba «ahogarse o salir nadando»²³. Ahora bien, esta queja habitual nunca comportaba un reproche a su calidad como profesor, porque el alumno adivinaba que lo proferido por el profesor albergaba un rico contenido filosófico, la «naturaleza “inteligible” de sus palabras», como señala Marías, y que, por tanto, todo era cuestión de no rehuir el esfuerzo necesario para llegar hasta él. Es el método que uno de los copistas de sus lecciones, Luis Felipe Vivanco, identifica como el del «deslumbramiento», y que podemos equiparar al que constituye, de hecho, el momento del arranque filosófico, la admiración: un alumno deslumbrado es como un hombre admirado, pues ambos experimentan esa sensación de perplejidad que reúne sentimientos tan encontrados como el miedo a lo desconocido y la seguridad de la convicción; por un lado, tienen conciencia de su ignorancia, uno ante las palabras que escucha y otro ante el hecho que contempla, pero, por otro lado, están profundamente convencidos de que tras lo que causa ese estado de perplejidad hay un contenido racional, para uno el sentido filosófico que aún no alcanza a comprender y para

²⁰ María Rosa ALONSO, *Pulso de tiempo*, Santa Cruz de Tenerife, Idea, 2005, págs. 282 y 288.

²¹ Julián MARÍAS, *La Escuela de Madrid. Estudios de filosofía española*, Buenos Aires, Emecé, 1959, pág. 308.

²² María ZAMBRANO, *Cartas de la Píe-ce (correspondencia con Agustín Andreu)*, Valencia, Pre-textos, 2002, pág. 87 y siguientes.

²³ Julián MARÍAS, *Una vida presente*, pág. 101.



Zubiri en una excursión de la Facultad de Filosofía y Letras. Fundación Xavier Zubiri, Madrid.

otro la explicación científica que todavía se le resiste. De ahí que, como señala Vivanco, la didáctica zubiriana requiriese «aumentar las dificultades no por el gusto de aumentarlas, sino por la aparición de la conciencia de la dificultad»²⁴.

La complejidad filosófica de Zubiri tenía, además, sus ventajas, pues los asistentes al curso propedéutico de Introducción a la Filosofía podían calibrar con él la intensidad de su vocación filosófica así como su efectiva capacidad para la Filosofía, tal y como plantea Marías:

Se ha dicho, con aparente razón, que los cursos universitarios de Zubiri eran totalmente inútiles para la mayoría de sus alumnos; y si se trata de la provisión de *ideas* o *informaciones* filosóficas que de ellos sacaban, el balance no es, ciertamente, muy brillante. Pero yo disto mucho de creer que sólo importe eso; Zubiri ejercía, en primer lugar, una urgente misión *abuyentadora*: los que no sentían ninguna vocación filosófica ni eran capaces del esfuerzo o *gymnasia* que Zubiri, sobre la autoridad de Platón, reclamaba, se apresuraban a orientar su camino hacia otras disciplinas, lo cual no es escasa ganancia [...] Zubiri introducía, casi violentamente, en la filosofía a los que sentían la llamada de ésta. El primer trimestre recordaba el comienzo del poema de Parménides: todo eran chirridos, velos y puertas cerradas. Después empezaba a verse algo; la primavera traía esperanzas de volver a la luz: al acabar el curso, se estaba seguro de salir *a riveder le stelle*. Al término de aquellos ocho meses, yo no sabía apenas nada; casi sólo una cosa: que ya no podría abandonar nunca la filosofía²⁵.

Dos son las materias fundamentales impartidas por Zubiri entre 1931 y 1936, la Introducción a la Filosofía y la Historia de la Filosofía. Aquélla era una asignatura propedéutica en cuyo curso académico de 1932-1933 tenía previsto impartir tres temas:

²⁴ Luis Felipe VIVANCO, «Apéndice. Los apuntes de Zubiri», en Xavier ZUBIRI, *Cursos universitarios. Volumen I*, Madrid, Alianza, 2007, págs. 603-615.

²⁵ Julián MARÍAS, *La Escuela de Madrid*, pág. 308 y siguientes.



Cubierta de la revista *Cruz y Raya* (1933). Biblioteca de la Facultad de Filología de la UCM.

una introducción efectiva a la Filosofía en la que buscó iniciar «a sus oyentes en la reflexión filosófica a través de repetir con ellos la experiencia viva del filosofar, de la mano de los primeros griegos»²⁶, una Historia de la Filosofía Moderna y una lectura comentada del *Discurso de Metafísica* de Leibniz. La aridez de estos temas y del modo como los abordaba intentó compensarla con programas cada vez más accesibles, y así, el curso de 1934-1935 programó la lectura comentada de un escrito de Scheler, *El saber y la cultura*, y de otro no tan fácil de Heidegger, *¿Qué es Metafísica?*, junto a una introducción a la vida intelectual, mientras que el de 1935-1936, quizás previendo ya que estaría ausente, anunció en esta materia, transformada en un curso general bajo la denominación simple de *Filosofía*, un programa nuevamente árido, «Lectura y comentario de Suárez sobre el concepto del ente».

En la *Historia de la Filosofía* también varió el contenido con el paso de los años, aunque siempre había en él una constante, a saber, reservar al menos una de las secciones al pensamiento griego. Además de exponer los orígenes de la Metafísica, el curso de 1932-1933 disertó sobre Filosofía Moderna y ofreció un seminario sobre Ética Griega y Cristiana; el año siguiente expuso la *Física* de Aristóteles y la *Lógica* de Hegel; a continuación, Helenismo y Cristianismo y una Metafísica de Hegel en colaboración con Gaos; y el último antes de iniciarse la guerra sólo anunció una Filosofía Antigua.

El método didáctico practicado por entonces en la enseñanza universitaria de la Filosofía, basado no en la exposición de un manual sino en la lectura e interpretación de los textos de los propios filósofos, comprometía a los profesores en otra labor, la de la traducción de esos escritos que iban a emplear en sus clases. En los años que nos ocupan, Zubiri publicó en la revista *Cruz y Raya* la versión española de *¿Qué es Metafísica?*, de Heidegger; en la orteguiana *Revista de Occidente* apareció la traducción de una parte de la *Fenomenología del Espíritu* de Hegel; vertió también al castellano textos de Scheler y Brentano; y fue pionero en la traducción de las *Disputaciones metafísicas* de Suárez²⁷.

Los vínculos de Zubiri con la Facultad llevan, inevitablemente, a comentar una circunstancia de índole personal, su relación con la hija del catedrático Américo Castro. Zubiri trabó íntima amistad con Carmen Castro durante su estancia en Berlín, cuando el padre de ésta estaba allí destinado como embajador. La relación se mantuvo tras regresar ambos a España, mientras ella asistía como estudiante a la Facultad. María Ugarte recuerda que fue en una excursión a Toledo cuando profesores y alumnos cayeron en la cuenta de este enamoramiento²⁸. Según comenta Carmen de Zulueta, en 1935 «el nombre de don Américo empezó de nuevo a resonar en los ambientes de la Universidad» por el anuncio del matrimonio de su hija con Zubiri. Para resolver directamente en el Vaticano los trámites con los que lograr su reducción al estado laical, Zubiri interrumpió su labor docente el

²⁶ Manuel MAZÓN, «Presentación», en Xavier Zubiri, *Cursos universitarios*, págs. VII-XVI.

²⁷ En otro orden de cosas, Zubiri tradujo también dos libros de Física, uno de ellos relacionado con las conferencias impartidas por Schrödinger en los cursos de verano de 1934 de la Universidad Internacional de Santander, en cuya actividad Zubiri desempeñó un papel muy destacado.

²⁸ Véase en esta misma obra la contribución de María Ugarte, «Una formación para una vida».

²⁹ Carmen de ZULUETA, *Compañeros de paseo*, Sevilla, Renacimiento, 2001, pág. 27.

curso de 1935-1936, y, una vez obtenida, contrajo matrimonio en Roma con una Carmen recién bautizada. Como señala Zulueta:

La noticia de este matrimonio cayó como una bomba en los ambientes intelectuales de Madrid. Había muchos curas que habían colgado los hábitos para casarse por lo civil con alguna mujer, pero muy pocos –no conocíamos ninguno– que hubieran recibido permiso del Papa para casarse con una «conversa», y no de otra religión, sino de la falta de creencias religiosas²⁹.

A Zubiri le pilló el estallido de la Guerra Civil en Roma, aunque por razones políticas hubo de abandonar la capital vaticana y avecindarse en París hasta la conclusión del conflicto bélico; Zaragüeta, por su parte, escapó de Madrid en dirección a Francia y pasó los años de la contienda en su tierra natal. Por ausentarse de sus cátedras, el Gobierno republicano los desposeyó de las mismas en 1937, en las cuales serían repuestos una vez concluida la guerra, si bien con suertes académicas dispares.



JOSÉ GAOS: EL MAESTRO DE LA PALABRA EXACTA

JOSÉ LUIS ABELLÁN
Ateneo de Madrid

He de decir que me sentía feliz porque el caudal de la filosofía me llegaba por medio de la palabra aguda y exacta de José Gaos, y la literatura por las lecciones de Montesiños [...]

Francisco LÓPEZ ESTRADA (1987)

Según indica el propio José Gaos, su clase de Introducción a la Filosofía fue la primera de esta disciplina que se impartió en enero de 1933 en el nuevo edificio de la Facultad de Filosofía y Letras de la Ciudad Universitaria de Madrid. Así lo recalca él mismo: «Fue la primera clase de Filosofía que se dio en ella; mi primera clase como profesor en Madrid»¹.

La realidad es que el plan de estudios que se había puesto en marcha en 1931 situaba la asignatura de Introducción a la Filosofía como una exigencia académica previa a todos los estudiantes de la Facultad, pues formaba parte del curso común a todas las secciones, que entonces eran sólo tres: Filosofía, Letras e Historia. En este sentido, el lugar académico del nuevo profesor resultaba clave, puesto que era él quien decidía si el alumno en cuestión resultaba idóneo para cursar la especialidad de Filosofía, o, por el contrario, convenía orientarle en otra dirección; Conchita Zamacona, en la contribución a este mismo libro, describe cómo realizaba Gaos esta labor. El proceso de reforma de la Facultad de Filosofía y Letras recibe un impulso decisivo con el nombramiento de García Morente como decano en 1932, quien encargó a José Gaos en 1934 la dirección del «año preparatorio» y la presidencia de los exámenes de ingreso; este encargo se le hizo —según Vera Yamuni—:

José Gaos. Años 30. Colección de la familia Marías.

¹ José GAOS, *Confesiones profesionales*, Gijón, Ediciones Trea, 2001, pág. 31. Aunque Gaos señala el 6 de enero como fecha de la inauguración oficial, es evidente que, probablemente por el paso de los años, no recuerda bien, pues la documentación manejada confirma el domingo día 15 como el de la inauguración oficial. También señala que las clases comenzaron el 7 de enero. Sin embargo, la prensa de ese mes indica que fue el 16 de enero. Véase la noticia titulada «Las clases de la Facultad de Filosofía y Letras se darán en lo sucesivo en Ciudad Universitaria», *Ahora*, 6 de enero de 1933, pág. 19: «El señor decano de la Facultad de Filosofía y Letras nos ruega hagamos saber a los estudiantes y al público en general que las clases de la Facultad se reanudarán el 16 de enero, a las nueve de la mañana, en el nuevo edificio de la Ciudad Universitaria».

[...] por su reputación de universitario riguroso e incorruptible [...] labor que llevó a cabo hasta el año 1936 [...] Efectuó esta faena con extremado rigor, pero facilitando la entrada a los estudiantes bien preparados y con buenas disposiciones para el estudio. Los primeros licenciados del nuevo plan no sólo traducían efectivamente los textos clásicos, sino que ganaron inmediatamente las oposiciones a cátedras de Instituto, sin la preparación especial para éstas que era necesidad general antes de las nuevas reformas².

José Gaos pertenecía al grupo de filósofos que constituía la Escuela de Madrid. Aunque el núcleo doctrinal que los aglutinaba era la filosofía de Ortega y Gasset, cada uno tenía una misión específica dentro del conjunto, como dice el propio Gaos, «porque había una unidad de orientación histórica y doctrinal, una común valoración de personas y reconocimiento de jerarquías, y una labor articulada, en muchos casos verdadera colaboración»³.

En cierto modo, podemos decir que a ese papel se fue preparando desde su llegada a Madrid en 1921 y, de forma más concreta, desde que en 1928 obtuvo el título de doctor con su tesis *La crítica del psicologismo en Husserl*. A Husserl le llevó su amistad con Xavier Zubiri, con el que mantuvo una relación intelectual muy honda; en sus memorias nos cuenta cómo el influjo del gran filósofo le encerró en la prisión de la fenomenología durante diez años, pero también sigue el relato explicando cómo, tras la estancia de dos años de Zubiri en Friburgo estudiando con Heidegger, le llevó a otra prisión, la del existencialismo, pero esta vez de mayor duración –veinte años–. Entre 1933 y 1953, Gaos no sólo se convirtió en un estudioso del existencialismo heideggeriano, sino que realizó una magnífica traducción de *Ser y Tiempo*, de la que todos somos deudores. Muy vivamente nos cuenta Gaos esta relación:

A defecto de Heidegger mismo, era Zubiri el mejor maestro concebible. Concerté, pues, con él que iría yo estudiando *Ser y Tiempo* por mi cuenta y que consultaría con él cuanto me pareciese necesario. Llegamos a reunirnos regularmente los sábados. Aparecía Zubiri por mi casa, no mucho después de comer. Habla que te habla, pasábamos la tarde juntos. Al acercarse la hora de cenar protestaba que había de irse inmediatamente. Como era natural, se quedaba a cenar, bien que siempre protestando que se iría en cuanto acabásemos de hacerlo. La mayoría de los días se iba a media noche o hasta de madrugada⁴.

A pesar de esta estrecha relación, no considera Gaos que fuera Zubiri un maestro para él; tampoco declara así la que tuvo con García Morente, no obstante la admiración y el respeto que mantuvo hacia éste. Cuando yo conocí a Gaos en 1962 todavía sentía hacia éste una devoción invariable, como así me lo manifestó, si bien ese sentimiento lo provocaba más la profunda humanidad de su persona que sus capacidades intelectuales. Esta devoción le llevó a Gaos a considerar a Morente como su «padre espiritual»; así lo declara en el siguiente párrafo, donde las dos anécdotas que cuenta justifican sobradamente esa designación:

² Vera YAMUNI, *José Gaos, el hombre y su pensamiento*, México, UNAM, 1980, pág. 25.

³ José GAOS, «La filosofía en España», en *Pensamiento de lengua española*, México, Ediciones Stylo, 1945.

⁴ José GAOS, *Confesiones profesionales*, pág. 33.

Cuando cierto día arribé a su casa de Madrid, [la casa de Morente] desde la estación del ferrocarril de Valencia, diciéndole que para seguir adelante con mi vocación filosófica no podía contar más con mi padre, tenía que arreglármelas por mí mismo, y medios para sostenerme apenas unas semanas, pero que confiaba en él, que, después de todo, algo era responsable de mi vocación, me dijo, entre risueño y grave: «Acepto la responsabilidad; vamos»; y fuimos al Centro de Estudios Históricos, reuní con nosotros dos a Américo Castro y Tomás Navarro, y les espetó: «Hay que mandar a Gaos inmediatamente a un lectorado. ¿Cuáles hay disponibles en este momento?» —«Hombre, Manolo, pues... Génova, Montpellier y Los Ángeles» —«Pues no le voy a dejar elegir a Gaos. Se va a ir a Montpellier. Es lo más cerca y por ahora no le conviene alejarse demasiado. Es la segunda Universidad de Francia y Francia siempre hace bien y más la provincia» (él había estudiado el bachillerato en un liceo francés de provincia). Y unas semanas después, llegaba yo a Montpellier, como lector de español de la Facultad de Letras y repetidor de la Escuela Normal. Cuando, años más tarde, tuve que preparar mis primeras oposiciones al mismo tiempo que me ganaba la vida con clases y traducciones y, apremiado ya por el tiempo, estaba desesperado, decidí inapelablemente: «Usted se dedica a perfilar ese trabajo sobre los objetos y las ciencias y a rellenar los huecos que tiene todavía en el programa, durante estos últimos días; y mientras tanto, la traducción de Hegel se la continuaré yo»; era la de la Filosofía de la Historia, que tenía yo entre manos por entonces. Y durante diez o doce días añadió a su jornada de trabajo, ya bien recargada, un par de horas, para traducirme la treintena de páginas de Hegel que necesitaba yo para ayudarme a sostenerme durante los mismos días, hecho del cual me prohibió hacer mención en prólogo, nota, ni nada⁵.

El hecho indubitable es que, por mucho que influyeran en su vida Zubiri y Morente, el verdadero y único maestro de Gaos fue José Ortega y Gasset, una relación que se fue incrementando paulatinamente en las esporádicas estancias de Gaos en Madrid, entre 1928 y 1933, durante las cuales asistía como oyente a sus cursos y frecuentaba la tertulia de la *Revista de Occidente*. La relación se hizo diaria y a veces de dos o tres veces al día, consolidando el vínculo entre maestro y discípulo y marcando definitivamente la personalidad de Gaos, como él mismo reconoce:

Esta es una experiencia vital, la de haber conocido, tenido, un maestro en la plenitud del término, quizá sea tan importante y tan insustituible en el orden del espíritu como en el orden de la naturaleza tener padre conocido, haber convivido con él, en actitud filial, hasta bien pasada la mayoría de edad, en vez de haber sido niño huérfano o expósito⁶.

La convivencia diaria con Ortega le llevó a lo que Gaos llama una experiencia «regulativa» —«la del espectáculo del grande hombre en su intimidad»— que constituye un patrón o medida de lo humano con que entonar nuestra propia vida. «Tal función —dice— la ejerció, en mi vida de España, Ortega.» Gaos, en suma, se convirtió en un fiel seguidor de la filosofía del maestro, hasta el punto de que —como él mismo dice—:

⁵ *Ibidem*, págs. 47-48.

⁶ *Ibidem*, pág. 52.

Madrid, 25 de mayo 35

70/5411

Srta. María de Maeztu

Mi distinguida amiga y compañera: He recibido la invitación para la recepción en honor del Sr. Menéndez Calzada. Por desgracia, me será verdaderamente imposible asistir. Sobre las tareas habituales, incluso las clases, que no dejaré de hacer hasta el jueves y viernes, los preparativos para los exámenes y una par de tesis estos mismos días... El agradecimiento de mi mujer y mío es el mismo. Mi marido no se decide a ir si no es en mi compañía.

Afectuosamente suyo

José Gaos

Carta de José Gaos a María de Maeztu. 25 de mayo de 1935? Archivo de la Residencia de Señoritas, Fundación José Ortega y Gasset, Madrid.

Precisar en todos los puntos hasta donde lo que pienso es mera reproducción de esta filosofía –la de Ortega– o prolongación, reacción, ocurrencia mía, fuera interesante en una doble dirección inversa: reconocerle lo suyo y no achacarle lo que no querría aceptar. Pero tal puntualización me es imposible. Durante años he vivido en convivencia frecuentemente diaria con él. He sido el oyente de palabras o el interlocutor de conversaciones en que se precisaban sus propias ideas en gestación, he leído originales inéditos. Así, ya no sé si tal idea que pienso, si tal razonamiento que hago, si tal ejemplo o expresión de que me sirvo, lo he recibido de él, se me ocurrió al oírle o leerle a él, o se me ocurrió aparte y después de la convivencia con él. Alguna vez me ha sucedido comprobar que tal idea o expresión que consideraba como mía me la había apropiado de él, asimilándomela hasta el punto de olvidar su origen⁷.

⁷ José GAOS y Francisco LARROYO, *Dos ideas de la filosofía*; reproducida por el mismo Gaos en sus *Confesiones profesionales*, pág. 51.

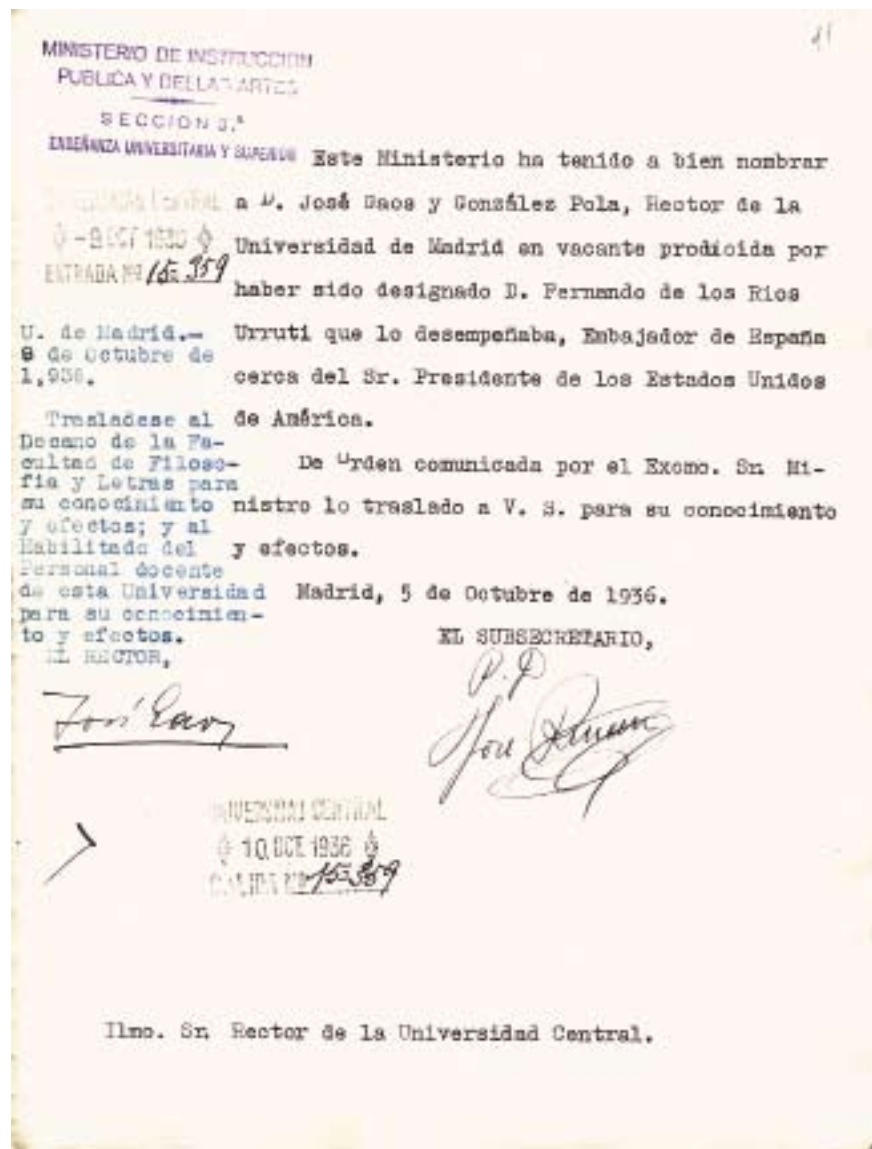
Antes de pasar a Madrid, Gaos fue catedrático de Filosofía en el Instituto de Enseñanza Media de León (1929-1931) y después pasó por oposición a catedrático de Introducción a la Filosofía en la Universidad de Zaragoza, donde sólo dio un curso completo (1931-1932), pues, apenas iniciado el siguiente, recibió el requerimiento del decano de Madrid, García Morente, para que se hiciese cargo de la asignatura de Estética, dado el repentino fallecimiento del catedrático de la misma, don José Jordán de Urrés. En 1933, cuando se inició el nuevo curso, ya era catedrático titular de Introducción a la Filosofía en la nueva Facultad madrileña; dividió la materia en dos series de lecciones: a) La Filosofía y su historia; y b) La Filosofía y la Historia, dando prioridad a la primera serie, que tenía asignadas dos horas semanales, mientras la segunda sólo tenía una. Tuvo que explicar también la asignatura de Lógica, donde, además de las *Investigaciones lógicas* de Husserl, explicó la lógica formal de Liard y algunas lecciones de didáctica filosófica.

En lo que respecta a su disciplina propiamente dicha, la Introducción a la Filosofía, Gaos –como hemos visto– daba prioridad a la Historia de la Filosofía, y podemos pensar que dentro de ésta ocuparía un lugar muy especial la Filosofía Griega, pues, como él mismo dice, padeció la «latria de Grecia», hasta el punto de que, en algún momento, llegó a pensar dedicarse a la Filología Clásica más que a la Filosofía. Reconoce, con todo, que se fue desinteresando de forma creciente de esa «latria», aunque con una excepción: la del mismísimo Aristóteles, que siempre le subyugó. En el inevitable duelo Platón-Aristóteles, se impuso la atracción hacia éste de forma conclusiva:

Encuentro a Platón muy oriental: tropiezo en él con un ascetismo que me repele; encuentro a Aristóteles más griego y más humano... Es un error pensar que Platón presenta el espectáculo de la viva investigación de la verdad y Aristóteles el de un muerto sistema de dogmas. Los libros de Aristóteles son mucho más investigativos que puramente sistemáticos; lo que son, con más rigor, es mucho más sistemáticamente investigativos y conclusivos que los diálogos de Platón. Aristóteles exhibe un concepto de la investigación mucho más cercano al puro de la ciencia moderna y esto es lo que me ha vinculado tanto a él⁸.

En lo que a este punto se refiere, soy un particular testigo de su permanente admiración hacia Aristóteles. Estando yo como profesor en la Universidad de Puerto Rico, y siendo Gaos ya un profesor jubilado en la mexicana UNAM, fue invitado a dar un curso en Puerto Rico, al que asistí personalmente durante el semestre que aquel curso duró. Leíamos la *Metafísica* aristotélica con una traducción del propio Gaos y así pude asistir al diálogo de Aristóteles con la sociedad griega de su tiempo. El espectáculo de Gaos en clase –su inteligencia, su ironía, su pasión– era único, y así pude acceder al sistema aristotélico en su *status nascendi*

⁸ José GAOS, *Confesiones profesionales*, pág. 36.



Nombramiento de José Gaos
como rector de la Universidad de
Madrid. 5 de octubre de 1936. AGUCM.

como algo vivo y fecundante, frente a la enseñanza acartonada y dogmática que yo había recibido en la escolástica Universidad madrileña de los años 50.

Al mismo tiempo, pude tener la vivencia de un profesor entregado a sus alumnos que vive la docencia como una vocación; entendí muy bien aquella frase que dice al principio de sus memorias: «estoy muy seguro de ser un profesor de Filosofía, pero lo estoy muy poco de ser un filósofo». Gaos sentía el eros pedagógico en lo más hondo de su personalidad, y así nos lo confiesa con total sinceridad:

⁹ *Ibidem*, pág. 88.

La profesión pedagógica puede ser una de las que por poner esencialmente efusión, comunicatividad efectiva e intelectual, más puede servir para olvidarse de sí mismo y sentirse mejor. De mí he de confesar que quizá la única situación de la vida en que estoy prácticamente siempre de buen humor es la clase. Ya puedo tener preocupaciones, padecer duelos y quebrantos –no físicos, porque en materia de éstos no aguanto nada–; a veces, yendo a dar clase, he ido repitiéndome que no me hallaba en estado de ánimo para darla; que mejor no la daba, regresaba, avisaba... Entrar en la clase, empezarla, y no acordarme ni de lo que venía repitiéndome, ni de qué lo motivara, todo uno⁹.

El haber sido testigo excepcional de esa vivencia, cuando ya era Gaos un exiliado, constituye uno de mis mayores «haberese» como profesional de la Filosofía, hasta el punto de haber marcado definitivamente mi vida.